

EL IMPACTO DE LA GLOBALIZACION SOBRE LA POBREZA RURAL*

*Alexander Sarris***

Este artículo comienza con la revisión del significado de la globalización y sus causas. Aunque la globalización no es un fenómeno nuevo en la historia, en su fase actual parece presentar ciertos elementos que no existían previamente. El artículo examina las consecuencias de diversos aspectos de la globalización a nivel nacional, mostrando cómo pueden existir aspectos positivos y negativos a corto y largo plazo, si bien la evidencia empírica parece sugerir la existencia de implicaciones positivas de gran magnitud. A continuación se discute la estructura de la pobreza de las áreas rurales, exponiéndose cómo adopta distintas formas en diferentes lugares del mundo. Al explorar los diversos aspectos que determinan las rentas de las clases económicamente más deprimidas de las áreas rurales aparecen tanto oportunidades como riesgos asociados a la globalización, por lo que su impacto conjunto sobre la pobreza rural dependerá de la capacidad que se tenga de aprovechar tales oportunidades, al tiempo que se controlan sus crecientes riesgos.

Palabras clave: *internacionalización de la economía, liberalización de los intercambios, pobreza, medio rural.*

Clasificación JEL: *F01, I31, Q17, R10.*

1. Introducción

Globalización es un término muy empleado que puede significar diversas cosas para diferentes personas pero que, en esencia, recoge el proceso a través del cual sociedades y economías de todo del mundo tratan de alcanzar un nivel mayor de integración, entendiendo por integración un intercambio de bienes y servicios más sencillo y extendido, una mayor velocidad en la transferencia de información e ideas, y mayor facilidad en el movimiento de factores de producción como capital y trabajo.

La globalización ha despertado esperanzas, pero también inquietudes en torno al aumento de las desigualdades económicas y políticas, la pérdida de identidades culturales o el cambio en el poder a nivel mundial.

El objetivo de este artículo es examinar el impacto de este proceso sobre la pobreza del medio rural y sus habitantes más desfavorecidos, especialmente en el ámbito de los países en vías de desarrollo. Este es un aspecto relevante, dado que la mayor parte de las personas más desfavorecidas y más vulnerables se localizan en áreas rurales y que cualquier cambio significativo en su bienestar debe ser de interés para todos. Dado el objetivo de este nuevo milenio de reducción de la pobreza mundial, es importante analizar si el proceso de globalización apoya este valioso objetivo. Nuestra investigación se centrará en aspectos

* SARRIS, A.: «The Impact of Globalization on Rural Poverty». Traducción de Ignacio Atance.

** Departamento de Economía. Universidad de Atenas.

económicos, dejando al margen los aspectos culturales, políticos y sociales.

La globalización significa una internacionalización de los procesos económicos en todas sus facetas, incluyendo el comercio y los intercambios, los procesos productivos o el movimiento de factores de producción, tecnología e información. Además, la globalización también implica que las demandas a nivel nacional sean cada día un reflejo más exacto de las demandas a nivel internacional. Pero, ¿cuáles son las causas de este proceso de internacionalización?

La primera causa es la liberalización de los movimientos de bienes y capitales desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, pero especialmente desde 1980. Al final del período de aplicación de la Ronda Uruguay del GATT, en el 2004, el nivel medio de tarifas arancelarias de los principales países industrializados habrá descendido a niveles inferiores al 5 por 100. Además, el 96 por 100 de todas las tarifas que se apliquen en el mundo estarán sujetas a las regulaciones de la Organización Mundial del Comercio (OMC). La Ronda Uruguay extendió los acuerdos comerciales internacionales a la agricultura, los productos textiles, los servicios, los derechos sobre la propiedad intelectual y las inversiones. Además, los controles aduaneros se han simplificado en muchos países y los movimientos de capitales se han desregularizado significativamente. Esta tendencia general de liberalización de los flujos de bienes y capitales acaeció tras un largo período de proteccionismo y aislamiento tras la Segunda Guerra Mundial, especialmente en los países en vías de desarrollo, que saltó en pedazos tras las crisis del petróleo de los años setenta, en la que se manifestaron las debilidades de los ajustes económicos realizados en el marco de sistemas económicos cerrados.

De acuerdo con Hemmer *et al.* (2001), la segunda causa sería el crecimiento mundial de la capacidad de producción, especialmente debido a los países en vías de desarrollo. Al introducirse en los mercados internacionales los tan llamados nuevos países industrializados (NPI), la competencia se ha intensificado en diversas áreas, proceso que es presumible que se acelere al introducirse en la escena mundial nuevas y grandes economías como la India o China.

El tercer factor es el descenso de los costes de transporte y comunicaciones. Las nuevas tecnologías están contribuyendo a superar la inmovilidad espacial, al descender sustancialmente los costes de transacción asociados a la coordinación de los negocios en el espacio. Internet y su capacidad para transmitir información de manera muy barata es un claro ejemplo de cómo cada vez es más barato trasladar parte de la actividad de una empresa a otros lugares, lo cual implica una mayor competencia entre regiones geográficas.

La globalización no es un fenómeno nuevo. De acuerdo con una investigación recientemente publicada por el Banco Mundial (World Bank, 2002), la primera ola globalizadora tuvo lugar entre 1870 y 1914 y se desencadenó por una combinación de un descenso en los costes de transporte (cambio de barcos de vela a barcos a vapor y de transporte de tracción animal al ferrocarril) y una reducción de las barreras arancelarias. Una importante cantidad de personas y capitales se movieron hacia nuevas zonas de Norteamérica y Australia para producir materias primas utilizando la abundante tierra disponible. Se estima que alrededor de un 10 por 100 de la población mundial emigró durante este período y no sólo de Europa a estos dos países, sino también desde China y la India hacia regiones menos pobladas del sur de Asia (Lindert y Williamson, 2001).

Durante este período el crecimiento medio anual de la renta per cápita se elevó hasta el 1,3 por 100, en contraste con el nivel del 0,5 por 100 que había presentado durante los cincuenta años precedentes (World Bank, 2002). De acuerdo con Maddison (2001), el porcentaje que las exportaciones representaban sobre la renta mundial se dobló, hasta casi alcanzar el 8 por 100. El proceso de emigración masiva llevó a una convergencia de las rentas de los países participantes en este proceso, dado que los salarios se incrementaron tanto en los países receptores, como en los países de origen. Sin embargo, la desigualdad en la distribución mundial de la renta también se incrementó durante el período, en la medida en que los poseedores de tierra y capital en los países receptores se beneficiaron considerablemente de una expansión de la producción que era intensiva en tales factores. Al mismo tiempo, la pobreza rural disminuyó en términos

relativos al aumentar de manera general las rentas, si bien el número de personas desfavorecidas continuó creciendo en términos absolutos (World Bank, 2002).

La segunda ola en el proceso de globalización tuvo lugar entre 1945 y 1980. Esta ola involucró mayoritariamente a los países desarrollados, manifestándose en sustanciales reducciones en las barreras al comercio de productos industriales y en reducciones de los costes de transporte. El proceso benefició enormemente a los países ricos participantes, debido a la expansión en el comercio de manufacturas, a la emergencia de modelos de especialización productiva y a los descensos de los costes debidos a las economías de escala. Los países en vías de desarrollo quedaron en su mayor parte al margen de este proceso, dado que las barreras comerciales a la agricultura y a productos intensivos en mano de obra permanecieron siendo altas y, por tanto, el crecimiento de sus rentas fue mucho menor que en los países ricos. Al tiempo que las desigualdades y la pobreza se redujeron dentro de los países desarrollados, la pobreza en los países en vías de desarrollo aumentó. La consecuencia fue que a nivel mundial la desigualdad continuó estancada (World Bank, 2002).

El período más reciente en el proceso de globalización comenzó en 1980 y se ha distinguido por involucrar a un grupo de países en vías de desarrollo que se han integrado de manera considerable en los mercados mundiales, especialmente en materia de manufacturas intensivas en mano de obra. Así, mientras en 1980 sólo el 25 por 100 de las exportaciones de los países en vías de desarrollo correspondía a manufacturas, en 1998 las mismas representaban el 80 por 100 (World Bank, 2002). De manera similar se duplicó también el porcentaje representado en las exportaciones de estos países por los servicios. Los avances que contribuyeron a este desarrollo incluyeron mejoras técnicas en las comunicaciones, el transporte, las infraestructuras y las técnicas requeridas por la producción moderna, reducciones en las tarifas de importación y el desarrollo de estrategias orientadas hacia la exportación (World Bank, 2002). Por el contrario, muchos países en vías de desarrollo, especialmente los africanos, han empeorado aún más en términos de crecimiento

y pobreza. Una interesante cuestión es hasta qué punto las razones que explican esta divergencia de comportamiento de estos países en vías de desarrollo residen en su falta de habilidad para emular las políticas de los NPI y si la adopción de parecidas «estrategias globalizadoras» les serviría de ayuda para crecer a mayor ritmo y reducir su pobreza.

A continuación el próximo apartado examina las consecuencias económicas de la globalización a nivel nacional. El tercer apartado discute el marco de trabajo conceptual para la discusión en torno a las consecuencias económicas de la globalización sobre la pobreza rural, enfatizando sus aspectos estructurales. El apartado cuarto discute los posibles impactos derivados de las actuales tendencias globalizadoras, mientras que el último apartado resume los principales aspectos tratados.

2. Las consecuencias económicas de la globalización en el ámbito nacional

Los impactos de la globalización pueden ser analizados tanto a nivel macro como a nivel microeconómicos. Sin embargo, antes de discutir los impactos es útil indicar los procesos económicos que se ven afectados por la globalización.

En primer lugar, la globalización implica liberalización comercial. Esto implica tanto la reducción en cualquier tipo de medidas de protección que un país aplica, como la puesta en marcha de medidas destinadas a facilitar las exportaciones y reducir las barreras existentes. La industrialización orientada hacia la sustitución de importaciones fue un importante paradigma del desarrollo en el período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. Este paradigma había sido seguido por los países ahora desarrollados de Europa y Norte América durante las etapas más tempranas de sus procesos de industrialización, habiendo sido justificado tanto por un deseo de emplear la abundante y desempleada mano de obra local para expandir los mercados nacionales, como por pueriles argumentos de la industria.

Tales políticas fueron puestas en marcha por diversos países tras la Segunda Guerra Mundial a través de una fuerte protección de ciertas industrias o sectores económicos nacionales.

Este fue el caso de países de Latinoamérica, el sur de Europa o el este de Asia. Estas políticas incrementaron el empleo industrial y promovieron el crecimiento económico de dichos países, pero eventualmente flaquearon dado que la protección frente a las importaciones implicaba un sesgo antiexportador. Esto se debe a que la protección hacía poco competitivas internacionalmente numerosas industrias nacionales por lo que, al no poder expandirse a través de los mercados internacionales, las mismas se veían obligadas a detener su crecimiento. La solución a este pequeño callejón sin salida fue encontrada en los años ochenta por un pequeño grupo de economías asiáticas en desarrollo que consiguieron aplicar estrategias orientadas hacia las exportaciones, no mediante una desbocada liberalización comercial, sino concentrando su apoyo y esfuerzo en las industrias que producían bienes de exportación y eliminando aquellas políticas que introducían el mencionado sesgo antiexportador. El éxito alcanzado por estos países pareció reivindicar una política de liberalización comercial o, al menos, orientada a la exportación, como motor del crecimiento.

El segundo aspecto afectado por la globalización es la inversión directa extranjera (IDE) en países en vías de desarrollo. Durante el reciente período de globalización se ha producido un significativo crecimiento en la IDE, sobrepasando ampliamente los niveles de la ayuda al desarrollo. La mayoría de estas inversiones, sin embargo, se ha dirigido hacia NPI como Argentina, Brasil, China, India, Malasia, México y Tailandia. Junto con el aumento de la IDE, la globalización, al demandar la liberalización de los mercados de capitales, implica también un incremento del capital invertido en carteras a corto plazo. Finalmente, la globalización implica, también, reducciones significativas en los costes de transporte y comunicaciones.

Los impactos estáticos a corto plazo de la liberalización comercial en las economías nacionales, con una utilización inicial plena de los recursos, pueden comprenderse con facilidad. Así, si el movimiento de factores productivos entre sectores está permitido, algo que parece razonable y probable a escala nacional, y si efectivamente existe una plena utilización de tales factores, la liberalización comercial mejora la eficiencia económica al

favorecer una mejor asignación de los recursos de acuerdo a ventajas comparativas estáticas. Básicamente, esto implicaría que la renta total del país, *ceteris paribus*, podría incrementarse, aumentando por tanto su bienestar. La especialización en aquellos sectores en los que se localicen las ventajas comparativas permitiría a la economía nacional, de acuerdo con la teoría neoclásica, disfrutar gracias a la importación de ciertos productos que no podrían ser obtenidos en otro caso.

La mayor libertad comercial tiene muchos otros beneficios potenciales. Por ejemplo, su capacidad para imponer límites a las prácticas monopolísticas de los oferentes nacionales. Otro beneficio se refiere a las economías de escala, puesto que un comercio más abierto y la integración de una economía en mercados más grandes abren la posibilidad de reducir los costes de producción al aumentar los volúmenes producidos y comercializados. También debe considerarse como beneficio la ganancia de bienestar que experimentan los consumidores al disponer de una mayor diversidad de bienes en los mercados nacionales.

Pero un comercio más libre no está exento de efectos potencialmente negativos. El más importante y visible es el claro peligro de desempleo a corto plazo debido al necesario reajuste de los factores productivos y la mano de obra hacia los sectores más competitivos. Este aspecto es de particular importancia, dado que todos los beneficios previamente presentados se refieren al marco de una economía de pleno empleo. Sin embargo, el desempleo es elevado en numerosos países en vías de desarrollo, haciendo dudar a sus gobiernos sobre la idoneidad de perseguir una mayor liberalización comercial. Otro potencial impacto negativo es la pérdida de los ingresos procedentes de los impuestos a las importaciones en el caso de que éstos constituyan una elevada proporción del presupuesto público.

A largo plazo, la liberalización comercial implica un mayor crecimiento de la renta. Esto se debe a un proceso que comienza, en primer lugar, por la acumulación de capital, dado que la liberalización comercial mejora el acceso al capital extranjero e incrementa la eficiencia en el uso del capital nacional. La mayor libertad comercial y las mejores posibilidades de exportación mejoran el clima de inversión y, por ende, favorecen el creci-

miento económico. Además, el comercio internacional afecta al crecimiento vía mejoras tecnológicas. La imitación de productos extranjeros que pueden ser considerados como intensivos en conocimiento resulta un estímulo para una mejor utilización del capital humano y por tanto, un estímulo al crecimiento.

En su parte negativa, la especialización en líneas de producción que presentan a corto plazo ventajas comparativas puede conducir a las denominadas «trampas de la especialización», debido a que actividades productivas de diferente tipo implican grados distintos de crecimiento del capital humano. Así, por ejemplo, está generalmente aceptado de que existe un mayor conocimiento adquirido ligado a la producción de productos transformados que a la de materias primas. Por tanto, si la liberalización comercial lleva a un país a especializarse en la producción de materias primas intensivas en mano de obra como ventaja comparativa estática, obtendrá también un menor nivel de conocimiento inducido, repercutiendo en un crecimiento general más lento (Sachs y Warner, 1995a). De manera similar tampoco se aprovecharán las posibilidades de conocimiento inducido en los países en los que existe un escaso volumen de trabajadores cualificados, puesto que serán pocos los que puedan adquirir dicho conocimiento. Parece, por tanto, que la liberalización comercial presenta consecuencias positivas a corto y largo plazo, pero que dependen de las condiciones iniciales existentes en cada país y de sus niveles generales de utilización y abundancia de recursos.

Una serie de estudios han tratado de evaluar si una mayor apertura comercial conlleva un ritmo de crecimiento mayor (Dollar, 1992; Sachs y Warner, 1995b; Edwards, 1992), encontrando todos ellos una relación positiva entre apertura comercial y crecimiento económico. Sin embargo, todos ellos han sido rebatidos por Rodríguez y Rodrik (2000) sobre la base de la falta de robustez de sus resultados y también debido a que los índices de apertura comercial que los mencionados trabajos emplean capturan no sólo el efecto de la política comercial, sino que incluyen también otras variables. El reciente estudio de Dollar y Kraay (2001) incorpora estas críticas al utilizar como variable independiente, en lugar del valor absoluto de índices como el

porcentaje que representa el comercio sobre el PIB, el cambio a lo largo del tiempo de este porcentaje, encontrando también una evidencia significativa de que su modificado índice de apertura está altamente correlacionado con cambios positivos en el crecimiento económico. Sin embargo, aunque este nuevo índice está exento de una serie de problemas econométricos de especificación, todavía permanece sujeto a las mismas críticas previas, dado que el índice continúa sin ser una buena aproximación del grado de liberalización comercial. Aunque las críticas a los anteriores estudios vierten ciertas dudas sobre sus resultados, no refutan la indicación de que un comercio más abierto conduciría a un mayor ritmo de crecimiento, especialmente dado que no parece existir ningún país que aporte evidencias sobre lo contrario, esto es, que sean las economías cerradas las que crezcan a mayor ritmo. Es decir, la evidencia mayoritaria no contradice la hipótesis, pero eso tampoco la prueba, además de que no existe evidencia alguna de lo contrario.

La dimensión histórica y cultural es un factor que ha sido olvidado en todos los estudios anteriores. Podría ser, por ejemplo, que la liberalización comercial fuera mucho mejor para el crecimiento de economías en una etapa intermedia o avanzada de desarrollo, mientras que cierta protección, o bien ciertos impuestos a las exportaciones, pudieran ser apropiados en etapas anteriores del desarrollo, etapas que podrían ser denominadas «etapas de aprendizaje». Esta parece haber sido la experiencia de los actuales países desarrollados, así como de muchos NPI, y ésta es también la conclusión que muestran los estudios iniciales a escala nacional sobre comercio y desarrollo realizados en los años sesenta y setenta. Puede que la resolución de esta cuestión resida en la investigación detallada que pudiera hacerse a partir de experiencias de carácter nacional posteriores a 1980 que incorporaran la consideración de especificidades institucionales y culturales. Esto es lo apuntado por Srinivasan y Bhagwati (1999), que critican el hecho de que las investigaciones actuales hayan olvidado el análisis específico a escala nacional.

La IDE fue habitualmente vilipendiada por muchos países en vías de desarrollo, algo que ya no sucede en la situación actual.

La IDE repercute sobre el crecimiento de las siguientes maneras (Hemmer *et al.*, 2001). En primer lugar, permite que el crecimiento en el volumen real de capital sea más rápido que cuando se emplean únicamente los ahorros nacionales, aunque esto puede ser contrarrestado en el caso de que los factores de producción que se empleen en los proyectos en los que se localice la IDE, como por ejemplo mano de obra cualificada, sean obtenidos en perjuicio de su posible utilización en otras potenciales inversiones realizadas con capital nacional. En segundo lugar, la IDE permite acceder a conocimiento e información, algo vital para el crecimiento.

En tercer lugar, la IDE suele demandar personal cualificado. Cuando este personal se obtiene dando una formación adicional a los trabajadores locales se consigue una ganancia en el capital humano del país. Si, por el contrario, como ocurre habitualmente en países en vías de desarrollo, el número de trabajadores cualificados es escaso, un incremento en la IDE apartaría este valioso factor de producción de las actividades locales. Una pregunta frecuente es hasta qué punto el conocimiento adquirido por los trabajadores locales en compañías internacionales puede ser transferible a otros sectores económicos del país, lo cual depende de la existencia o no de un cierto grado de dualidad tecnológica en el país. Es decir, si el grado de cualificación exigido por los proyectos financiados por la IDE sólo es demandado por un segmento muy estrecho de la economía, intensivo en tecnología, entonces tal cualificación no podría ser aprovechada por el resto.

Por último, la IDE puede aumentar la capacidad de acceso al comercio exterior del país receptor. Este aspecto dependerá de si los productos hacia los que se orienta la IDE son destinados a la exportación o, por el contrario, al consumo interior. En este último caso, la posterior transferencia de los beneficios puede hacer empeorar los escasos intercambios comerciales con el extranjero.

La evidencia macroeconómica sugiere que el impacto de la IDE sobre el crecimiento es abrumadoramente positivo (Blomstrom *et al.*, 1995; Borensztein *et al.*, 1998). Sin embargo, estos efectos positivos requieren, para ser obtenidos, la

existencia de un cierto nivel inicial de capital humano y de infraestructuras.

Más recientemente se ha prestado una considerable atención al impacto de la liberalización del movimiento de capitales, especialmente la constitución de carteras financieras en el contexto de mercados financieros más integrados que parece acompañar la mayoría de los esfuerzos en el ámbito de la globalización. Una mayor libertad en la importación de capitales tiende a afectar la balanza de pagos de un país, dado que el superávit de la balanza de capitales permite compensar déficit en la balanza comercial. Si tales déficit se emplean en inversiones que generan exportaciones o permiten sustituir importaciones, entonces tenderán a originar futuros superávits en la balanza de pagos. Por el contrario, si se deben a un incremento de las importaciones de bienes de consumo, no se producirá este efecto a largo plazo.

A corto plazo, la entrada de capitales puede afectar al tipo real de cambio de un país, debido a que puede hacer que el precio de bienes y servicios no importables, tales como la vivienda o ciertos activos fijos, puede crecer más rápidamente de lo que en un principio sería permisible. Este tipo de *booms* de carácter especulativo, alimentados por la entrada de capitales a corto plazo y su eventual desplome, parecen haber sido los causantes de las crisis de ciertas economías asiáticas a finales de los años noventa. Puede ser discutible si los controles establecidos sobre estos movimientos de capitales, o la introducción de impuestos —como por ejemplo la denominada «tasa Tobin»—, pueden servir para prevenir, o al menos moderar, estas crisis.

Aparte de su impacto potencial sobre las tasas de crecimiento, una preocupación de particular importancia sobre la globalización es su impacto sobre la desigualdad económica y la pobreza. Dado que la renta surge primordialmente como remuneración de los factores productivos, su desigualdad deriva del diverso grado de propiedad de factores productivos entre los distintos grupos sociales de un país, así como del distinto nivel de remuneración de los diversos tipos de factores. Si el crecimiento afecta por igual a la remuneración de todos los factores de producción, entonces un mayor crecimiento conlleva pocos cambios en la desigualdad, pero grandes reducciones de la pobreza.

La evidencia empírica obtenida de comparaciones entre países distintos acerca de la relación entre crecimiento y desigualdad o pobreza no resulta concluyente. Por una parte, análisis como los de Dollar y Kraay (2001b) tienen el propósito de mostrar cómo el crecimiento es generalmente bueno para los más desfavorecidos, mientras que otros como los de Lundberg y Squire (1999) parecen mostrar cómo las clases pobres obtienen un resultado mucho peor que las ricas del proceso de crecimiento y liberalización comercial. Ravallion (2001) ha realizado una revisión bibliográfica de este tipo de trabajos indicando cómo estas comparaciones entre países están plagadas de problemas metodológicos, lo cual puede hacerlas engañosas como guías para la política de desarrollo.

Hace ya mucho tiempo que se conoce, desde la difusión del famoso teorema de Stolper-Samuelson sobre teoría comercial internacional, que los cambios en la política comercial afectan de diferentes maneras a la remuneración de los distintos factores de producción. La teoría comercial sobre las proporciones de los factores, cuyo soporte empírico la convierte en una teoría positiva sobre el comercio, conlleva que los países desarrollados —el Norte—, con su abundancia relativa de capital y mano de obra cualificada, estén especializados en productos intensivos en estos factores, mientras que las economías menos desarrolladas —el Sur—, con su abundancia relativa de mano de obra sin cualificar, estén especializados en productos intensivos en ésta. La liberalización comercial en el Norte, es decir, la liberalización de sus importaciones, contribuiría por tanto a reducir los salarios de sus trabajadores menos cualificados, estimulando la remuneración obtenida por el capital y la mano de obra cualificada. En el Sur ocurriría lo contrario, es decir, la liberalización de las importaciones procedentes de países desarrollados elevaría los salarios de la mano de obra sin cualificar y reduciría la remuneración ofrecida al capital. Si la desigualdad de los países del Sur se debe a una alta remuneración a los propietarios del capital —físico y humano—, entonces la liberalización comercial en el Sur debería ir acompañado una reducción de la desigualdad.

Que el comercio, y especialmente la producción orientada hacia la exportación, puede estimular la renta y reducir la po-

breza parecen haber sido puestos de manifiesto por la experiencia de numerosos NPI. Taiwan, Corea, México y más recientemente China, parecen haber conseguido una considerable reducción de la pobreza, al mismo tiempo que estimulado sus exportaciones y su apertura general al exterior. Por tanto, no parece que, al día de hoy, siga siendo una cuestión relevante la de acudir o no acudir a los mercados internacionales. Sí parece de mayor relevancia política el tipo de comercio y de liberalización que se debe perseguir para hacerlo más apropiado para los más pobres, o al menos, no sesgado en su contra, así como las cuestiones en torno a la reciprocidad de los países desarrollados.

El comercio es una de las principales fuentes generadoras de riqueza, por lo que la participación en el comercio internacional es un determinante principal del crecimiento económico. Las exportaciones permiten obtener las divisas necesarias para la adquisición de cierta tecnología imprescindible o ciertos input intermedios que permiten elevar la producción. El comercio proporciona a los países en vías de desarrollo el acceso a mercados de mayor tamaño y el acceso a tecnología e ideas. Una protección frente a las importaciones puede hacer muy caros muchos bienes esenciales, elevando el coste de la vida, al tiempo que numerosas actividades pueden convertirse en poco competitivas.

Por el contrario es mucho más discutible si el comercio, y en general la apertura de las economías, conduce a reducciones de las desigualdades y de la pobreza. Aunque esta cuestión será tratada más adelante, es importante poner un especial énfasis en la asimetría del modelo de relaciones comerciales existente, un hecho que habitualmente ha sido olvidado. Aunque existen considerables posibilidades de exportación de productos poco intensivos, tanto en mano de obra cualificada como en tecnología, desde países en vías de desarrollo a países desarrollados, y algunos países las han aprovechado, los países desarrollados parecen haber construido y mantenido importantes barreras comerciales a tales exportaciones. Esta asimetría, puesta de manifiesto, por ejemplo, por el régimen comercial de la Unión Europea en los productos agrícolas y textiles, es probablemente el mayor obstáculo para la globalización de los países en vías de

desarrollo. Este aspecto ha sido enérgicamente apuntado por Oxfam International (2002) en un informe en el que se subrayan los desequilibrios y desigualdades mantenidas sobre los países en vías de desarrollo en los diferentes acuerdos comerciales internacionales.

3. La estructura de la pobreza rural

Existen básicamente tres vías de mejorar la renta disponible, tanto por parte de los menos favorecidos como de cualquier otra persona. La primera es incrementando los recursos que se poseen, bien mediante inversiones propias, bien mediante préstamos, bien a través de una mejora en los recursos de propiedad pública pero de aprovechamiento privado, como la sanidad o la salud. La segunda vía es mejorando el uso y la remuneración que los menos favorecidos obtienen por dichos recursos. Este sería el caso de un incremento en la utilización de tierra no explotada, o de una subida de los precios de los productos que producen y venden, o de un aumento de su trabajo remunerado o de sus salarios. La última forma es mediante la mejora de la productividad de tales recursos poseídos. Este sería el caso, por ejemplo, de un incremento en la productividad de la tierra o de la mano de obra, es decir, un aumento de la producción por unidad de tierra o de empleo para precios constantes. ¿Cómo afecta la globalización a estas vías?

La respuesta a esta pregunta depende del tipo de recursos que poseen los menos favorecidos, de la estructura de sus fuentes de ingresos, de la estructura de diversas instituciones que median entre ellos y el resto de la economía (mercados, tejido familiar, etcétera) y en la dinámica de los procesos económicos y sociales que crean y mantienen la pobreza. En resumen, la respuesta depende del perfil de la pobreza, tanto a nivel estático como dinámico. Con respecto a las fuentes de ingresos de los menos favorecidos en un determinado país, es conveniente clasificarlos como ingresos procedentes de la agricultura (normalmente divididos en ingresos agrícolas y ganaderos, o alimentarios y no alimentarios, u obtenidos de bienes comercializables o no comercializables, dependiendo de los datos y

del contexto), ingresos por empleo agrario y no agrario, ingresos por los beneficios de sus propias actividades empresariales, ingresos por rentas de la tierra y otro tipo de ingresos, tales como pensiones, transferencias desde el extranjero, dividendos, etcétera.

Los perfiles de las personas menos favorecidas del medio rural difieren considerablemente entre regiones y países. Por ejemplo, en las áreas rurales del Sudeste asiático gran parte de los pobres son propietarios de pequeñas explotaciones y su renta proviene básicamente de la agricultura, pero también muchos otros no poseen tierras y sus rentas dependen de su trabajo en actividades agrarias y no agrarias. En la mayor parte del Africa Sub-sahariana los pobres pertenecen mayoritariamente a la población rural cuyos únicos ingresos provienen de la agricultura. Por el contrario, en Latinoamérica una elevada proporción de los pobres reside en zonas urbanas y sus rentas provienen de actividades no reguladas o de su trabajo en actividades no agrarias.

Otro factor diferenciador entre países es la existencia de distintos sistemas agrarios en distintas zonas agroecológicas y partes del mundo. Un reciente estudio de la FAO sobre sistemas agrarios, realizado para el Banco Mundial (FAO, 2000), muestra la heterogeneidad de estos sistemas a lo largo del mundo, subrayando incluso cómo dentro de una misma zona agroecológica pueden coexistir diferentes sistemas de producción.

Pero, además de la descripción estática de la pobreza, tiene también una importancia significativa la dinámica de sus procesos y, más concretamente, las características institucionales que crean y mantienen la pobreza. Una descripción inicial de estas características, y de cómo afectan al medio rural, fue realizada por Jazairy *et al.* (1992), basándose en las experiencias del IFAD en la gestión de proyectos relacionados con la pobreza rural. Las mismas incluyen estructuras dualistas, presiones demográficas, la gestión de recursos y degradación medioambiental en áreas frágiles, ciclos productivos naturales con altos riesgos productivos, marginación social de la mujer, factores étnicos y culturales y mecanismos intermediarios con características explotadoras. El mencionado trabajo intentó realizar una

evaluación de la incidencia de estos factores diferentes en distintos países y, de manera global, caracterizó a las clases menos favorecidas de las áreas rurales como pertenecientes a alguno de los siguientes grupos funcionales:

- Pequeños propietarios agrícolas
- Residentes en áreas rurales no propietarios de tierras
- Ganaderos nómadas
- Grupos indígenas
- Pescadores poco tecnificados
- Poblaciones desplazadas o refugiadas
- Hogares dependientes de la mujer

A partir de esta clasificación parece claro que la globalización y el crecimiento presentan diferentes implicaciones en la reducción de la pobreza y en el crecimiento a lo largo de las distintas áreas rurales y para sus diversos grupos sociales.

4. La globalización y la pobreza rural

De las tres vías indicadas con anterioridad como influyentes en los ingresos reales de las personas más desfavorecidas vamos a considerar, en primer lugar, el incremento de los recursos productivos privados. Una de las formas de alcanzar este incremento que beneficia especialmente a las personas desfavorecidas de las áreas rurales es mediante la redistribución de la tierra, la reforma agraria o, en general, cualquier tipo de mejora en la asignación de los derechos de propiedad sobre la tierra. Existen numerosos elementos que conciernen a la propiedad de la tierra en el contexto del desarrollo económico, elementos que han tomado nuevas dimensiones en el contexto de la globalización así como en la transición de numerosas economías en el Centro y Este de Europa (en estos aspectos resultan muy útiles los estudios de Bingswanger *et al.*, 1995, o Janvry *et al.*, 2001). Sin embargo estos elementos constituyen un aspecto suficientemente importante por sí sólo en el que no podemos entrar en este trabajo. Sin embargo, un elemento principal que sí está relacionado con la globalización es la seguridad de los derechos de tenencia o de propiedad de la tierra. La apertura comercial puede originar

posibilidades para exportar productos agrarios que, sin duda, repercuten positivamente sobre la remuneración de la tierra, siendo de particular importancia para los menos favorecidos de las áreas rurales quién se embolsa esta mayor remuneración. De hecho, la creación de oportunidades para la exportación es el elemento que realmente ha dictado cuáles son los modelos de tenencia de la tierra en numerosas partes del mundo.

Los derechos sobre la tierra están lejos de ser considerados seguros en numerosos países en vías de desarrollo, lo cual constituye un serio impedimento para acelerar el cambio tecnológico agrario que incrementaría el valor de la tierra y que podría ser impulsado por los procesos de internacionalización. Este sería, por ejemplo, uno de los principales problemas en muchos países de África, donde los sistemas de tenencia de la tierra proporcionan muy poca seguridad sobre la propiedad privada de la tierra. El acceso a la tierra presenta numerosas ventajas en la reducción de la pobreza, y con frecuencia también en la consecución de ganancias en la eficiencia. Así, el acceso a la tierra puede permitir el empleo de factores infrautilizados de otra manera por los más pobres (por ejemplo, la mano de obra familiar), puede reducir el coste de utilización de factores productivos poseídos (por ejemplo, se puede emplear mano de obra familiar descendiendo los costes de transacción y control), puede proporcionar seguridad en el suministro de alimentos y en situaciones en que se elevan los precios de los alimentos, etcétera (una discusión profunda de estos elementos se puede consultar en Janvry *et al.*, 2001).

Por tanto, las implicaciones que sobre la pobreza y el crecimiento pueda presentar cualquier cambio tecnológico en la agricultura que conlleve un aumento de la superficie productiva o un incremento de la demanda provocado por la liberalización dependerá, en gran medida, del sistema de tenencia de la tierra existente, puesto que lo que está en juego es, en último lugar, la capacidad para retener los beneficios proporcionados por estos cambios. Así, Adams y He (1995) mostraron cómo en Pakistán el desarrollo agrario concentrado en cambios tecnológicos en los procesos productivos, empeoró la distribución de

la renta en las áreas rurales, puesto que la mayoría de sus habitantes no eran propietarios de tierras y el incremento de los ingresos vino a favorecer exclusivamente los intereses de los propietarios de la tierra. Hayami (2000) describe gráficamente los diferentes modelos de desarrollo agrario desde el siglo XIX en Filipinas, Indonesia y Tailandia, atribuyendo las distintas trayectorias de crecimiento de sus agriculturas a las propias diferencias en la evolución de sus estructuras agrarias. En Filipinas, la existencia de estructuras agrarias duales fue eficiente al principio debido al importante aumento de la superficie agraria disponible, pero posteriormente se convirtió en una desventaja debido a la ineficiencia que los altos costes de control de la mano de obra contratada provocan en la agricultura a gran escala. Por el contrario, en Tailandia e Indonesia, después de un desarrollo inicial similar de la agricultura, la conservación de una estructura basada en la pequeña propiedad de la tierra facilitó, en etapas posteriores, el crecimiento y el desarrollo.

Consideremos ahora el incremento de los recursos productivos conseguido a través de las inversiones. Es bien conocida la dificultad de los más pobres para acceder a crédito ajeno, por lo que la mayoría de sus inversiones han de ser financiadas con los propios fondos obtenidos de sus ahorros. Diversas encuestas han mostrado cómo los menos favorecidos tienen una capacidad de ahorro que con frecuencia se sitúa entre el 20 y el 30 por 100 de sus ingresos, aunque debido a su vulnerabilidad y los numerosos riesgos a los que están expuestos suelen mantener estos ahorros en formas que les ofrezcan liquidez, por lo que no acometen con facilidad inversiones irreversibles. En este sentido, el reciente *Informe sobre el Desarrollo Mundial* (referido en adelante como IDM 2000) del Banco Mundial, en su capítulo octavo (World Bank, 2000), documenta profusamente la considerable vulnerabilidad entre las clases más desfavorecidas en todo el mundo.

En el mundo rural, los pobres, debido a la existencia de riesgos externos, deben destinar una desproporcionada parte de sus ahorros a improductivos mecanismos de autoprotección que reducen su capacidad de realizar inversiones en actividades

más productivas. De esta manera, esta necesidad de ahorro preventivo puede reducir las oportunidades de crecimiento de los más desfavorecidos, creando un círculo vicioso de la pobreza (los artículos de Rosenzweig y Wolpin, 1993, y Fafchamps y Pender, 1997, ilustran estos modelos). En el mismo sentido, la necesidad de mantener ciertos ingresos en caso de situaciones económicas adversas, fuerza a los padres a hacer trabajar a sus hijos, alejándolos de las escuelas, escuelas que constituyen una inversión cuyos beneficios están perfectamente reconocidos, lo cual impide el crecimiento del capital humano, creando una persistente situación de pobreza intergeneracional. Si el proceso de globalización aumenta los riesgos a los que se enfrentan estos sectores, con poca probabilidad podrán destinar una proporción mayor de sus ahorros a inversiones productivas. Si, por el contrario, la globalización conlleva una elevación de las rentas de los más pobres al aumentar el precio de sus productos, entonces las implicaciones sobre el crecimiento mejoran sustancialmente.

Una segunda forma principal que las clases rurales desfavorecidas tienen para aumentar sus recursos es mediante la acumulación de capital humano que proporciona la educación o el acceso a mejores servicios sanitarios. El papel de los gobiernos en la prestación de estos servicios es crucial, algo que revisa detalladamente el mencionado IDM 2000 en su capítulo quinto. La globalización, como se expuso con anterioridad, puede acelerar la acumulación de capital humano al proporcionar empleo en diferentes actividades de carácter tecnológico.

Binswanger y Von Braun (1993) han analizado la relación entre el cambio tecnológico en la agricultura y el alivio de la pobreza. Los autores apuntan cómo las experiencias en distintos países sugerirían que los cambios tecnológicos conducentes a un incremento de los rendimientos agrarios, junto con la mejora en los mecanismos de comercialización de esta producción creciente, han sido cruciales para expandir el crecimiento agrario, la oferta de alimentos y el empleo, todos ellos aspectos decisivos para las clases más pobres. La importancia que presenta la comercialización parece sugerir que una mayor apertura de los mercados internacionales ofrece un importante potencial de

mejora de las rentas de los segmentos más desfavorecidos del medio rural.

No obstante, los menos favorecidos en las áreas rurales pueden beneficiarse del cambio tecnológico y de la globalización principalmente de una manera indirecta. Para ver esto consideremos el caso de un incremento de las rentas de las zonas rurales que provenga de la liberalización. Este incremento puede proceder de un aumento de los precios de los productos agrarios, de mejoras en la productividad agraria debido a un acceso más fácil y adaptado a tecnologías importadas, o al incremento del empleo y los salarios en las áreas rurales como consecuencia de la inversión de empresas multinacionales o de la demanda de mano de obra en actividades productivas orientadas hacia la exportación. Este primer incremento de los ingresos estimula a continuación la expansión de la renta y de la demanda de todo tipo de productos en las áreas rurales. Si la demanda de los habitantes del medio rural está sesgada hacia productos locales, no importables e intensivos en mano de obra, entonces, en caso de existencia de desempleo en estas zonas, parte de esta mayor demanda contribuiría a la creación de actividades no agrarias en las áreas rurales. Estas nuevas actividades contribuirían también a un incremento general de la renta y, lo que es más importante, pueden conducir a medio y largo plazo a un crecimiento sostenible pero más rápido.

Este estímulo en la demanda de productos extra-agrarios no importables e intensivos en mano de obra a través de la cadena de efectos mencionada es un aspecto crucial en el proceso de crecimiento que puede ser estimulado inicialmente por un incremento de los ingresos. La oferta de este tipo de productos suele estar considerada como muy elástica bajo la hipótesis de existencia de mano de obra infrautilizada en las áreas rurales de los países en vías de desarrollo. Por tanto, se asume que un incremento en la demanda conllevaría un incremento de casi la misma proporción en la oferta, lo que permite obtener un multiplicador del crecimiento de gran magnitud (en este contexto se pueden consultar los trabajos de Delgado *et al.*, 1998, y de Haggblade, Hammer y Hazell, 1991).

Aunque los estudios existentes han examinado el caso en que el incremento de la productividad agraria es el desencadenante del aumento inicial de los ingresos, utilizando una metodología similar se puede mostrar el mecanismo de mejora del crecimiento a partir de cualquier incremento en la renta de las áreas rurales que pudiera proceder de la globalización. El estímulo a la demanda de productos agrarios de mayor valor añadido o de bienes no agrarios producidos en el medio rural no tiene por qué proceder únicamente del sector agrario. El incremento de la renta en las áreas urbanas puede también estimular la renta de las áreas rurales al elevar la demanda de productos agrarios, especialmente cuando los márgenes comerciales no sean excesivamente altos. La relación puede proceder también de las remesas de dinero enviadas al medio rural por los obreros urbanos que hubieran emigrado desde las mismas. Esta relación indica las dos condiciones que debe cumplir el crecimiento urbano para estimular un crecimiento de las rentas rurales que conlleve una cierta reducción de la pobreza: el crecimiento urbano debe presentar una amplia base y debe reducirse el coste de comercialización en las áreas urbanas de los productos del medio rural.

Todo lo anterior conduce a preguntarse cuáles son las condiciones que permiten que la globalización pueda tener un impacto positivo sobre el crecimiento de las áreas rurales y la disminución de la pobreza en las mismas. De acuerdo con la discusión realizada se puede afirmar que tales condiciones serían las siguientes. En primer lugar, la globalización debe incrementar la demanda de mano de obra, especialmente de aquella mano de obra poco cualificada que es especialmente abundante entre los segmentos menos favorecidos de las áreas rurales. En segundo lugar debe elevar los precios de los productos que ofrecen estas clases sociales, productos que pueden ser tanto productos agrarios ya existentes como nuevos productos que pasen a ser rentables tras la apertura comercial. En tercer lugar, debería ayudar a reducir los precios de los productos que consumen los pobres, aspecto que puede ser posible mediante la reducción de los precios de numerosos productos de importación.

5. Comentarios finales

De ninguna manera puede ser considerado obvio que la liberalización creará las condiciones que favorezcan a las clases más desfavorecidas del medio rural, y que acaban de ser resumidas. Cualquier política relacionada con la liberalización tendrá implicaciones tanto positivas como negativas, que pueden afectar de modo diferente a las distintas clases económicas. Sólo el uso de complejos modelos multisectoriales (Reimer, 2002) puede ayudar a conocer *ex ante* la totalidad de implicaciones. Este tipo de análisis sugiere que las implicaciones de la liberalización comercial pueden ser tanto positivas como negativas para los más pobres. Por ejemplo, el estudio de Hertel *et al.* (2002) indica que la liberalización comercial multilateral, como la apuntada en la Ronda Doha de negociaciones comerciales, reduciría la pobreza en algunos países en vías de desarrollo (como Indonesia, Filipinas, Tailandia, Uganda y Zambia), mientras que la incrementaría en otros (como Brasil y Chile). Sin embargo, dentro de estos países, las familias más pobres dedicadas a la agricultura tenderían a mejorar (de manera notable en Brasil, Chile, Filipinas y Tailandia) dado que la liberalización comercial multilateral expandiría las exportaciones agrarias elevando los precios de estos productos. Por el contrario, la utilización de modelos similares aplicados a países concretos muestra cómo pueden producirse grandes impactos negativos sobre las clases pobres rurales en el caso de procesos de liberalización comercial unilateral (Lofgren, 1999).

Sean cuales sean los impactos de las tendencias globalizadoras a nivel nacional, parece razonable afirmar que la internacionalización incrementará el conjunto de oportunidades que se presentan a sus habitantes. Esto es por sí solo algo positivo, dado que permite a cualquiera, incluyendo a los más pobres, seleccionar sus acciones entre un conjunto más amplio de opciones. Por el contrario, debemos tener en cuenta que las clases rurales menos favorecidas son muy vulnerables a *shocks* externos y la globalización puede incrementar su exposición a estos *shocks*. Por ejemplo, en muchos países en vías de desarrollo los productores de productos agrarios destinados a la exportación

solían percibir precios muy estables fijados por cámaras de comercio nacionales, pero al mismo tiempo estos precios estaban sujetos siempre a fuertes niveles impositivos. La liberalización ha permitido que estos productores se embolsen una proporción superior de los precios internacionales, pero también quedan expuestos con ella a las fluctuaciones de los mercados internacionales. Ante estas nuevas condiciones, nuevos mecanismos de autoprotección y de gestión del riesgo han de evolucionar entre los pobres, no estando clara su repercusión sobre su bienestar a largo plazo.

Un aspecto de importancia que aun no ha sido tratado se refiere a la economía política de las relaciones de poder existentes y de las instituciones en numerosas áreas rurales deprimidas económicamente. La globalización y el conjunto de oportunidades que conlleva tiende a socavar muchas relaciones que tienen un carácter de explotación. Por ejemplo, si en una zona rural una nueva inversión de carácter multinacional contrata mano de obra de muchas familias locales, puede acabar con la capacidad de los grandes terratenientes para mantener el dominio que ejercen sobre los pobres a través de acuerdos tradicionales poco equitativos. Estos aspectos son de elevada importancia desde la perspectiva del crecimiento. De manera similar, la globalización puede permitir a personas desfavorecidas encerradas en actividades rurales con alto desempleo o baja productividad emigrar y acumular un cierto capital con el que iniciar nuevas empresas. Este es un modelo que contribuyó al desarrollo, en sus etapas más tempranas, de países actualmente desarrollados, como Grecia, Irlanda, Italia o Portugal. Las nuevas tendencias globalizadoras parecen estar contribuyendo a emular este modelo en los últimos países en vías de desarrollo, como lo muestran las masivas olas de inmigración actuales en la Unión Europea o en Norte América.

En principio, la apertura de nuevas posibilidades crea tanto oportunidades como riesgos. Mientras algunas personas pueden estar mejor adaptadas para aprovechar las oportunidades y otras pueden sufrir gran parte de los riesgos, parece que en su conjunto, la globalización ha aportado a todos los países implicados un conjunto mucho mayor de posibilidades. La respuesta a

los retos actuales de las estrategias de desarrollo de los países en vías de desarrollo no debe ser la de si abrir o no su economía. En el mundo actual, con la gran cantidad de información disponible, éste es un debate vano. La respuesta debe hacer referencia a las formas de propiciar que la integración en la economía mundial pueda incrementar las posibilidades para todos los habitantes, incluyendo los más pobres. Aunque gran parte de esta tarea debe recaer sobre los propios países en vías de desarrollo, los países desarrollados tienen la obligación de no crear reglas y leyes en las relaciones internacionales que impidan o hagan muy difícil para los países en vías de desarrollo aprovechar estas oportunidades.

Referencias bibliográficas

- [1] ADAMS, R.H., y HE, J.J. (1995): *Sources of Income Inequality and Poverty in Rural Pakistan*, International Food Policy Research Institute, Research Report 102, Washington DC.
- [2] BINSWANGER, H.P.; DEININGER, K. y FEDER, G. (1995): «Power, Distortions, Revolt, and Reform in Agricultural Land Relations», en J. BEHRMAN, y T. N. SRINIVASAN (editores): *Handbook of Development Economics*, vol. IIIB, Amsterdam, Elsevier.
- [3] BINSWANGER, H. y VON BRAUN, J. (1993): «Technological Change and Commercialization in Agriculture», en M. LIPTON, y J. VAN DER GAAG (editores): *Including the Poor*, Banco Mundial, Washington DC.
- [4] BLOMSTROM, M.; KOKKO, A. y ZEJAN, M. (1995): «Host Country Competition, Labor Skills and Technology Transfer by Multinationals», *Weltwirtschaftliches Archiv* número 130(3), páginas 521-533.
- [5] BOZENSZTEIN, E., DEGREGORIO, J. y LEE, J.W. (1998): «How Does Foreign Direct Investment Affect Economic Growth», *Journal of International Economics*, número 45(1), páginas 115-135.
- [6] DE JANVRY, A., GORDILLO, G., PLATTEAU, J-P. y SADOULET, E. (editores) (2001): *Access to Land, Rural Poverty and Public Action*, Oxford University Press.
- [7] DELGADO, C.L., HOPKINS, J., KELLY, V.A., HAZELL, P., MCKENNA, A.A., GRUHN, P., HOJJATI, B., SIL, J. y COURBOIS, C. (1998): *Agricultural Growth Linkages in Sub-Saharan Africa*, International Food Policy Research Institute, Research Report 107, Washington DC.
- [8] DOLLAR, D. (1992): «Outward-Oriented Developing Countries Really Grow More Rapidly: Evidence from 95 LDCs, 1976-85», *Economic Development and Cultural Change*, número 40(3), páginas 523-544.
- [9] DOLLAR, D. y KRAAY, A. (2001a): «Trade, Growth and Poverty», Banco Mundial, Policy Research Working Paper, número 2615, junio.
- [10] DOLLAR D. y KRAAY, A. (2001b): «Growth is Good for the Poor», Banco Mundial, Policy Research Working Paper, número 2587, abril.
- [11] EDWARDS, S. (1992): «Trade Orientation, Distortions, and Growth in Developing Countries», *Journal of Development Economics*, número 39(1), páginas 31-57.
- [12] FAFCHAMPS, M. y PENDER, J. (1997): «Precautionary Saving, Credit Constraints and Irreversible Investment: Theory and Evidence from Semi-Arid India», *Journal of Business and Economic Statistics*, número 15(2), páginas 180-197.
- [13] FOOD AND AGRICULTURE ORGANIZATION OF THE UNITED NATIONS (FAO), (2000): *FAO Farming Systems Study*, versión para World Bank Rural Development Strategy Revision, Roma.
- [14] HAGGBLADE, S.; HAMMER, S. J. y HAZELL, P. B. R. (1991): «Modeling Agricultural Growth Multipliers», *American Journal of Agricultural Economics*, número 73(2), páginas 361-374.
- [15] HAYAMI, Y. (2000): «An Ecological and Historical Perspective on Agricultural Development in Southeast Asia», Banco Mundial, Policy Research Working Paper 2296, marzo, Washington DC.
- [16] HEMMER, H-R.; BUBL, K.; KRUEGER, R. y MARIENBURG, H. (2001): «Developing Countries: Victims of Beneficiaries of Globalization?», comunicación presentada en el seminario *The Role of SMEs in the Era of Globalization*, 15 de marzo de 2001, en Kajuraho, India, organizado por la Cámara de Comercio PHD y la Fundación Konrad-Adenauer.
- [17] HERTEL, T. W.; PRECKEL, P. V.; CRANFIELD, J. A. L. e IVANIC, M. (2002): *Poverty Impacts of Trade Liberalization*, Purdue University, Department of Agricultural Economics, mimeo, marzo.
- [18] JAZAIRY, I.; ALMAGIR, M. Y PANUCCIO, T. (1992): *The State of World Rural Poverty: An Inquiry into its Causes and Consequences*, International Fund for Agricultural Development (IFAD), Roma.
- [19] LINDERT, P. y WILLIAMSON, J. (2001): «Globalization: A Long History», comunicación presentada en *Annual Bank Conference on Development Economics-Europe*, Banco Mundial, 25-27 de junio, Barcelona.
- [20] LOFGREN, H. (1999): «Trade Reform and the Poor in Morocco: A Rural-Urban General Equilibrium Analysis of Reduced Protection», International Food Policy Research Institute, Trade and Macroeconomics Division, Working Paper, número 38, enero, Washington DC.
- [21] LUNDBERG, M. y SQUIRE, L. (1999): «The Simultaneous Evolution of Growth and Inequality», Banco Mundial, mimeo, aceptado en *Economic Journal*, 2003.
- [22] MADDISON, A. (2001): *The World Economy: A Millennial Perspective*, Organisation for Economic Cooperation and Development, Paris.

- [23] OXFAM INTERNATIONAL (2002): *Rigged Rules and Double Standards: Trade, Globalization, and the Fight Against Poverty*. <http://www.maketradeair.com>.
- [24] RAVALLION, M. (2001): «Growth, Inequality and Poverty: Looking Beyond Averages», *World Development*, número 29(11), páginas 1803-1815.
- [25] REIMER, J. J. (2002): *Estimating the Poverty Impacts of Trade Liberalization*, Purdue University, Center for Global Trade Analysis and Department of Agricultural Economics, mimeo, febrero.
- [26] RODRIGUEZ, F. y RODRIK, D. (2000): «Trade Policy and Economic Growth: A Skeptic's Guide to the Cross-National Evidence», en Ben BERNANKE, y Kenneth ROGOFF (editores): *Macroeconomics Annual 2000*, MIT press, para NBER.
- [27] ROSENSWEIG, M. R., y WOLPIN, K. (1993): «Credit Market Constraints, Consumption Smoothing, and the Accumulation of Durable Production Assets in Low Income Countries: Investments in Bullocks in India», *Journal of Political Economy*, número 101(2), páginas 223-244.
- [28] SACHS, J. D., y WARNER, A.M. (1995a): «Natural Resource Abundance and Economic Growth», Development Discussion Paper número 517, Harvard Institute of International Development.
- [29] SACHS, J. D., y WARNER, A.M. (1995b): «Economic Reform and the Process of Global Integration», *Brookings Papers on Economic Activity*, número (1), páginas 1-118.
- [30] SRINIVASAN, T.N., y BHAGWATI, J. (1999): «Outward Orientation and Development: Are the Revisionists Right?», Yale University, mimeo.
- [31] WORLD BANK (2000): *World Development Report 2000/2001: Attacking Poverty*, Oxford University Press para el Banco Mundial.
- [32] WORLD BANK (2002): *Globalization, Growth and Poverty: Building an Inclusive World Economy*, Banco Mundial y Oxford University Press, Washington DC.